

2 MORFONOLOGÍA DE LA PREFIJACIÓN⁵

Entre las propiedades morfológicas de los elementos prefijales en español suele señalarse, en primer lugar, su carácter átono. El comportamiento acentualmente neutro del prefijo puede explicarse por una relativa independencia del morfema antepuesto respecto del lexema base, la cual se manifiesta igualmente por la conservación de la vocal final del elemento prefijal en las formaciones donde la base comienza asimismo por una vocal. Si bien se dan ejemplos en los que dos vocales adyacentes se funden (*sobrentender*, *contralmirante*), en la mayoría de las unidades prefijadas se evita esta cancelación, incluidos los casos del contacto de dos vocales idénticas. Lang (1992: 47) atribuye la vacilación existente al grado de lexicalización de la palabra prefijada (*preelectoral* x *telespectador*), y también Varela y Martín García (1999: 5007-5008) consideran la simplificación de dos vocales idénticas como una tendencia en voces de creación no reciente (*sobresdrújulo*, *prescribir*). En lo que se refiere a los elementos grecolatinos antepuestos, Felú (2003: 51) trata de explicar el truncamiento vocálico de *auto-* en algunos cultismos por su funcionamiento como tema, o sea, morfema compositivo (*autarquía*, *autopsia*), afirmando que como prefijo siempre conserva la *-o* final (*autoanalizarse*, *autoalabarse*). Más probable es, sin embargo, que el truncamiento vocálico de los elementos prefijales terminados en *-o* no guarde relación alguna con su funcionamiento compositivo o prefijal en el lexema resultante y venga condicionado por las particularidades morfológicas de las bases grecolatinas. Por cierto, conviene señalar que, en cuanto al enlace entre el prefijo y la base, no hay diferencia sustancial entre el comportamiento de un morfema prefijal y un elemento compositivo. Por una parte, la fusión vocálica

5 Una versión de este capítulo fue publicada como artículo en la revista *Studia Romanistica* 10/2, 2010.

se produce tanto en palabras prefijadas como en formaciones compuestas (*sobrentender, guardalmacén*); por otra, los prefijos, al igual que los segmentos compositivos antepuestos, mantienen mayoritariamente su vocal final intacta (*preelectoral, portaviones*), de modo que la hipótesis de Felú carece de fundamento sólido.

Puesto que las formas prefijales o prefijoides comparten varias características con los prefijos genuinos, vemos oportuno completar esta breve exposición sobre el enlace entre el prefijo y la base con algunas precisiones acerca de la selección de la vocal final en las raíces prefijas grecolatinas. Formalmente, los prefijoides se caracterizan por la terminación *-o* o *-i*, lo cual facilita su identificación como elementos cultos. La selección de la terminación del prefijoide parece obedecer a ciertas reglas. La *GRAE* ([1931] 1959: 148) distinguía los compuestos de tipo griego, caracterizados por la *-o* final del primer elemento (*filósofo*), y los de tipo latino, donde el primer componente termina en *-i* (*novilunio*). Los ejemplos de formaciones híbridas en que un elemento latino combinado con otro griego tiene la *-o* final del tipo griego, mencionados en la *GRAE* de 1931 más bien como excepciones (*sociólogo, pluviómetro*), muestran, sin embargo, las deficiencias de esta clasificación. Según Val (1999: 4801), el criterio decisivo debería ser, por el contrario, el origen del segundo componente: las bases griegas se combinan con prefijoides terminados en *-o* (*neología, necrofagia*), mientras que en las formaciones latinas, el primer elemento termina en *-i* (*herbicida, carnívoro*). Esta explicación se encuentra asimismo en Rodríguez Ponce (2002: 40, nota de pie de página 85) y puede aplicarse con resultados satisfactorios incluso a los híbridos citados en la *GRAE* de 1931 como casos excepcionales (*sociólogo*: lat. *socius* + gr. λέγω). También la *NGRAE* indica en varias ocasiones que determinadas bases cultas imponen al elemento antepuesto la terminación *-o* o *-i*⁶.

Pero volvamos a las propiedades acentuales de los elementos prefijales aludidas al comienzo del presente capítulo. Igualmente a este respecto se observan semejanzas entre prefijación y composición: ni el prefijo ni el primer elemento compositivo (*superfino, pelirrojo*) suelen llevar el acento principal de la palabra, así que en lo que a esta característica se refiere, la prefijación tiene más en común con la composición que con la sufijación. Eso podría considerarse como un argumento a favor del carácter compositivo de la prefijación en general pero, por otra parte, hay muchas formaciones –y no se trata de casos aislados– donde el prefijo o prefijoide es portador del acento de la palabra derivada (o compuesta, según el estatuto de las raíces grecolatinas antepuestas): *ágrafo, átono, aeródromo, autócrata, demógrafo, necrófago, centímetro*... Todos estos ejemplos son palabras proparoxítonas con bases grecolatinas, y, si el primer elemento fuera siempre una raíz culta, el problema de la acentuación no estándar del componente antepuesto podría solucionarse por la inclusión de la vocal *-i-* u *-o-* en la base, tal como propone Rainer (1993b: 154-155). De esta forma, las raíces sufijas *-ódromo, -ócrata, -ógrafo, -ímetro, -ómetro*, etc.

6 Véase, por ejemplo, *NGRAE* (2009: 787).

se convertirían en portadores del acento, así como lo son la mayoría de las bases grecolatinas. No olvidemos, sin embargo, que en español existen también voces como *ágrafo* o *átono* en las que esta segmentación alternativa no es factible, ya que la vocal tónica constituye a la vez todo el material fónico del prefijo negativo. Por lo tanto, hay que buscar otra solución, válida no solo para las formaciones que presentan esta anomalía acentual y en las que el primer elemento es bisílabo, sino para todas las palabras proparoxítonas formadas con elementos cultos que llevan el acento en el elemento antepuesto.

La *GRAE* (1931), que prestó atención a las particularidades acentuales de las formaciones grecolatinas al tratar sobre la acentuación de las palabras compuestas, ofrece esta explicación etimológica:

En castellano prevalece siempre el acento del segundo elemento en los compuestos castizos y vulgares [...]; pero en los eruditos, formados de vocablos griegos o latinos, se sigue la regla del latín, o sea: se acentúa la primera parte si la segunda es bisílaba y tiene breve la vocal de su primera sílaba, como *bímano*, *cuadrúmáno*, de *mānus*; *centímetro*, *milímetro*, del griego μέτρον; *telégrafo*, de γράφω; mas si la dicha vocal es larga, en ella recae el acento, como *decígramo*, *milígramo*, *telegráma*, del griego γράμμα; *bifloro* de *flos*, *flōris*.

(*GRAE* [1931] 1959: 150)

Por su parte, Val constata en la *GDLE* (1999: 4801) que las bases cultas “se distribuyen entre temas que llevan el acento en la penúltima sílaba (*-lito*, *-agogo*, *-scopio*, *-tipo*, *-arca*, *-mante*, *-cida*) y temas que entran en combinaciones en las que el acento recae en la sílaba anterior (*-grafo*, *-logo*, *-fono*)”, destacando como un grupo aparte los elementos grecolatinos que denotan acciones, hechos o actividades, los cuales siempre son portadores del acento ubicado en la penúltima sílaba. El aspecto etimológico ya no parece ser relevante en dicha descripción, a lo mejor debido a las alternancias de acentuación en numerosas formaciones de este tipo (*cuadrúmáno-cuadrumano*, *briófíto-briofíto*, *fotólísis-fotolísis*, *aeróstato-aerostato*), fenómeno comentado detalladamente en la *NGRAE* (2009: 751-752).

En cualquier caso, la existencia de palabras como *ágrafo* es prueba suficiente de que la posición del acento en la antepenúltima sílaba no tiene ninguna relación con la naturaleza prefijal o compositiva del segmento antepuesto. Felú (2003: 51) incurrió justamente en este error afirmando que *auto-* como tema “puede llevar el acento de la palabra compleja, como en *autótrofo*, mientras que el prefijo no modifica el acento de la base”. Esta hipótesis resulta inaceptable, porque en la palabra *autótrofo* y en muchos otros ejemplos es, al contrario, la base la que impone el acento al elemento antepuesto (*heterótrofo*, *retrogrado*, *antropófago*, etc.). La perspectiva equivocada de Felú salta a la vista al comparar las palabras *autógrafo* y *ágrafo*, en las que se aprecia con toda claridad la verdadera naturaleza de este fenómeno. En el caso de *ágrafo* nos hallamos indudablemente ante una palabra prefijada, mientras

que *autógrafo* es para algunos lingüistas un compuesto culto, pero desde el punto de vista acentual no hay ninguna diferencia entre ambas formaciones: el acento en la antepenúltima sílaba simplemente está impuesto por la base. A pesar de ello, también la *NGRAE* (2009: 753) insinúa, al examinar la independencia prosódica de las raíces prefijas, una cierta conexión entre el carácter derivativo o compositivo del primer morfema y el fenómeno que nos ocupa. Debemos insistir, de nuevo, en que en todos los ejemplos arriba mencionados, es exclusivamente la base (*´grafo*, *´trofo*, etc.) la que determina el lugar del acento de la palabra resultante, independientemente de la segmentación aplicada, el estatus y el número de sílabas del primer elemento de la unidad léxica creada.

Con el mismo argumento hay que refutar la interesante hipótesis de Alvar Ezquerro (1978), criticada con razón ya por Rainer (1993a), que intenta relacionar el lugar de acento p. ej. en la palabra *fotófono* con el valor semántico de la base (“acción hacia el exterior del sujeto”). Como apunta acertadamente Rainer (1993a: 34), las raíces grecolatinas que imponen el acento a la última sílaba del morfema antepuesto “no forman ninguna clase semánticamente homogénea”. Curiosamente, Alvar Ezquerro se ocupó de la cuestión de las propiedades prosódicas de las formaciones cultas también en otro artículo suyo (1995), donde examinó detalladamente el elemento *tele-* y en el que aventuró otra explicación alternativa de las anomalías acentuales constatadas. Según esta hipótesis, las formaciones más antiguas (*teléfono*, *telégrafo*) tienen el acento en el primer elemento, mientras que en las series formadas posteriormente, *tele-* siempre aparece átono, al igual que sucede en los derivados de las voces con *tele-* acentuado. Después de rechazar el posible comportamiento prefijal o compositivo de dicho elemento en diferentes momentos de la evolución del español, Alvar Ezquerro descarta asimismo la posibilidad de que la acentuación de *tele-* dependa del carácter culto o nativo del segundo componente (en *telescopio*, el acento recae en la base a pesar de tratarse también de un tema culto) y considera más probable la mencionada explicación cronológica. Sin embargo, con excepción de unos pocos casos de vacilación acentual (*teléfoto* x *telefoto*, *Telésforo* x *Telesforo*), los ejemplos con *tele-* tónico aducidos por Alvar Ezquerro (*teléfono*, *telégrafo*, *telémetro*, *telépata*) pueden explicarse fácilmente aun sin recurrir al factor cronológico, porque *-fono*, *-grafo*, *-metro* y *-pata* pertenecen todos ellos al grupo de las raíces cultas que determinan el carácter proparoxítono de la formación (basta comparar los términos con *tele-* mencionados más arriba con las voces *audífono*, *polígrafo*, *centímetro*, *psicópata*). Por esta razón, resulta completamente improductivo contemplar el comportamiento acentual de *tele-* sin tomar en cuenta otras formaciones creadas sobre idénticas bases donde se da el mismo fenómeno. Dicho con otras palabras, las conclusiones erróneas de Alvar Ezquerro y de otros lingüistas se derivan de una perspectiva demasiado estrecha: para identificar la verdadera causa de las anomalías acentuales registradas (es decir, ciertas particularidades fonológicas de un grupo de sufijoides o temas neoclásicos, descritas ya en la *GRAE* de 1931), es in-

dispensable examinar no solo las palabras que contienen un mismo prefijo, sino también series de formaciones creadas con varios prefijos o prefijoides sobre una misma base. Un análisis consistente en comparar entre sí exclusivamente las voces con *tele-* o *auto-*, como lo hicieron Alvar Ezquerro y Felú, necesariamente da lugar a resultados incorrectos.

Entre los fenómenos morfológicos de la prefijación que merecen nuestra atención encontramos igualmente una cierta vacilación en cuanto a la unión gráfica del prefijo o prefijoide y la base. Por lo general, los prefijos vulgares se adjuntan directamente a la base, pero en la prefijación culta se aprecia una tendencia hacia la separación gráfica del primer elemento mediante el uso del guión o espacio. Así, se dan formas alternativas como *antiarrugas/anti-arrugas*; *superhidratante/super-hidratante/super hidratante*, empleadas indistintamente y con considerable abundancia sobre todo en el ámbito publicitario. En Stehlík (2006) advertimos del hecho de que las variantes con guión o espacio son muy frecuentes en formaciones donde el morfema antepuesto posee un valor superlativo, negativo o de cantidad y tamaño (en el caso de *anti-*, *micro-*, *oligo-* y *ultra-*, la ocurrencia de las formas con guión o con espacio representaba más del 50% de los ejemplos del corpus), mientras que en las palabras cuyo primer elemento culto procede de un sustantivo y tiene significado pleno (*bio-*, *dermo-*, por ejemplo), esta tendencia es menos pronunciada.

Dicha fluctuación gráfica se debe a varias razones. Lang (1992: 220), al contrastar las características de la prefijación y la sufijación, aduce entre las diferencias encontradas una relación semántica mucho menos estrecha entre el prefijo y la base: “la sensación de derivación es, por consiguiente, mayor y se refleja en ocasiones por la utilización de guiones en la prefijación, lo que nunca ocurre en la sufijación”. Esta relativa independencia formal y semántica del prefijo respecto de la base podría ser la principal causa del predominio de formaciones con separación gráfica en que entran prefijos intensivos, negativos, cuantificativos o de tamaño. Debido a su función modificadora, el valor semántico del prefijo puede aislarse con facilidad del significado de la base, así que el hablante común casi nunca pierde la conciencia de que se trata de un elemento separable. Las raíces prefijas, al contrario, forman una unidad semántica más estrecha con el segundo elemento y son percibidas por el hablante más bien como formantes de compuestos gráficos cuyo significado no siempre resulta transparente. La consecuencia es que en las palabras formadas con raíces cultas semánticamente autónomas, la vacilación ortográfica es menos frecuente que en las voces derivadas por prefijos grecolatinos de origen preposicional.

Otro factor que entra en juego en la fusión ortográfica y fónica de las formaciones prefijadas es el grado de lexicalización del término derivado. García Palacios (2001: 43-44) comenta en uno de sus artículos el uso de guión en algunas palabras con *euro-* y opina que se trata simplemente de un tratamiento incoherente, si bien en creaciones como *Euro-Med* o *Euro-TCB* podría influir también el hecho de que las bases respectivas no están suficientemente asentadas en la lengua, siendo éstas formas abreviadas. En algunas voces, la separación gráfica

2 Morfonología de la prefijación

del prefijo y la base puede servir como instrumento de realce de la raíz por motivos de expresividad⁷.

En un grupo reducido de prefijos (*ex*, *anti*, *pro*, *sin*), para los que la *NGRAE* (2009: 669) introduce el término *prefijos separables*, la no integración ortográfica del morfema antepuesto con la base está relacionada con su funcionamiento cuasipreposicional (*anti*, *pro*, *sin*) o cuasi-adjetival (*ex*). Lo que diferencia estos prefijos autónomos o separables del resto de los elementos prefijales es su capacidad para incidir sobre locuciones o sintagmas (*ex alto cargo*, *tratamiento anti manchas blancas*, *manifestación pro Autonomía Leonesa*), es decir, su incidencia no se limita a una sola palabra, como ocurre en la mayoría absoluta de los prefijos y prefijoídes.

Vemos, pues, que es posible distinguir varias causas subyacentes a la vacilación ortográfica en la unión de un elemento prefijal culto y una base. Es probable que en muchos casos la separación del primer elemento por medio de guión o espacio no tenga ninguna función específica, de modo que el uso de formas gráficamente unidas o separadas podría considerarse indiscriminado. Sin embargo, aun si el grado de lexicalización o la expresividad, otras razones posibles sugeridas por distintos lingüistas, no influyeran en el empleo de la variante escrita separadamente o con guión, siempre cabe la posibilidad de que entre en acción, de manera intuitiva, esa “sensación de derivación” del hablante a la que se refiere Lang (1992: 220). Por supuesto, para poder sacar conclusiones al respecto, se necesitaría más investigación acerca de la proporción de las formaciones prefijadas con separación gráfica y sus posibles causas.

A modo de conclusión, conviene resumir las particularidades morfonológicas de la prefijación examinadas a lo largo de este capítulo. Hemos observado que debido a algunas propiedades prosódicas de la base, el prefijo o prefijoíde puede llevar el acento de la palabra resultante (*átono*, *telégrafo*). Si dejamos aparte hipótesis infundadas que buscan establecer conexión entre el carácter derivativo o compositivo del elemento antepuesto y su acentuación, la única explicación convincente sigue siendo la etimológica, presentada ya en la *GRAE* de 1931. Las alternancias acentuales ejemplificadas en la *NGRAE* (*fotólisis-fotolisis*, *aeróstato-aerostato*) muestran, sin embargo, que la pauta del latín a la que alude la *GRAE* (1931) parece estar debilitándose en la actualidad. También otros fenómenos, como la fusión vocálica en el enlace entre el elemento prefijal y la base o la selección de la terminación en las raíces prefijas grecolatinas, se deben al segundo constituyente de la formación, por lo que las explicaciones basadas en diversas características específicas del prefijo o prefijoíde simplemente adoptan una perspectiva equivocada. A fin de cuentas, de todas las particularidades mencionadas, nos queda una sola que sí puede adscribirse a las propiedades semánticas o sintácticas del constituyente antepuesto: se trata de la fluctuación gráfica en la unión entre elementos prefijales como *anti-*, *pro-*, *super-*, *ultra-*, etc. y la base.

7 Véase Rodríguez Ponce (2002: 101).